

CULTURA



Roald Dahl, en el centro sentado en una hamaca, de adolescente en el internado en Repton (Reino Unido), y, abajo, el reverso de una de las cartas que el escritor envió a su madre, en dos imágenes de la editorial Gatopardo.

Un libro compila las misivas llenas de humor e irreverencia que el autor mandó a su madre durante 40 años sin saber que ella las guardaba

Roald Dahl y la fábrica de cartas a mamá

PACO CERDÀ

Querida mamá, dos puntos, y siempre así. Durante 40 años, el escritor Roald Dahl le envió más de 600 cartas a su madre. Desde los estrictos internados escolares, en el frente de la II Guerra Mundial o mientras recorría Los Ángeles, Texas, Washington y Nueva York como escritor de fulgurante fama, nunca paró. Desde los 9 años hasta los 50, Roald siempre le escribió a mamá. Y ella, Sofie Magdalene, una mujer luchadora que había envidado pronto y con demasiados hijos a su cargo, guardó todas las cartas.

Tenía nueve años, y desde el internado de St. Peter's le decía que se lo pasaba en grande jugando al fútbol cada día y que las camas de allí no tenían muelles. "¿Me podrías enviar mis álbumes de sellos y unos cuantos sellos repetidos?", le pedía.

Con 14 años y desde el nuevo internado de Repton le escribía con guasa: "Parece que estás pintando mucho; pero cuando pintes el retrete no pintes el asiento, dejándolo húmedo y pegajoso, o algún desdichado se quedará enganchado sin darse cuenta, y a menos que le amputen el trasero o que elija ir con el asiento pegado a las posaderas, estará condenado a quedarse donde está y no hacer nada más que cagar durante el resto de su vida".

Se estrenaba en los relatos a los 25 y desde Estados Unidos le transmitía lo siguiente: "He pronunciado cuatro discursos en 10



días (...). El número promedio de asistentes, que ponen cara de póquer y abren los ojos como bacalao, oscila entre 300 y 400 personas, casi siempre en una cena. Antes de empezar me emborracho un poco, lo cual facilita mucho las cosas".

Tenía 26 y le contaba que sus caseros de Washington lo acababan de echar de casa y que el agente inmobiliario le había propuesto mudarse a una vivienda donde la semana anterior se había producido un asesinato. "Un hombre disparó a una chica en el salón y luego se voló la tapa de los sesos. Necesitó dos disparos para matar a la chica y otros dos para matarse a sí mismo, con lo cual deduje que no tenía mucha puntería. En fin, me han dicho que la casa ya está limpia

Empezó a escribirle con nueve años desde un internado, y terminó a los 50

Su biógrafo remarca que se aprecian los rasgos de su literatura

y me mudaré mañana (...). No tengo ningún inconveniente. No está el patio como para ponerse quisquilloso".

Y al pie de la carta, siempre: Te quiere, Boy. Te quiere, Roald.

Ahora, por primera vez, el maestro de la literatura infantil—autor de clásicos como *Charlie y la fábrica de chocolate* o *Matilda*—es visto desde la intimidad de estas cartas en el volumen *Te quiere, Boy* (Gatopardo). En ellas aflora un tipo guasón, divertido, irreverente. Apasionado por lo absurdo. A veces también grotesco, como cuando cinco días antes del estallido de la II Guerra Mundial, desde Tanganica (ahora parte de Tanzania), le narraba a mamá el baile de disfraces de la noche anterior. "Me he despertado en el salón a las ocho de la mañana, vestido con mi disfraz de reverendo Russell y todavía un poco perjudicado, pero ahora ya estoy bien... si dejamos de lado a Hitler".

Pero no podría dejar al Führer de lado. Tres meses después, querida mamá, dos puntos, le contaba cómo se había alistado como piloto de combate de la Royal Air Force y se iba a unir al comando de la RAF en Oriente Próximo. "No sé qué te parecerá todo esto, pero en mi opinión es bastante sugerente y emocionante", le escribía.

Esa emoción tuvo fases distintas. Primero estrelló su Gloster Gladiator mientras sobrevolaba el desierto de Libia en la oscuridad, no muy lejos del frente ita-

liano. Siete semanas boca arriba en el hospital. Luego se recuperó y volvió a volar. Telegrama desde Alejandría: "Me encuentro bien. Guerra en Siria divertida". Así era Dahl.

La compilación, selección y comentarios de estas cartas inéditas en español—acompañadas de fotografías, dibujos, mapas, documentos y retazos de una vida—corren a cargo del biógrafo del escritor, Donald Sturrock. Este explica que "estas cartas muestran la frescura de espíritu y el sentido de diversión que poseía un escritor que, incluso de viejo, siguió viendo el mundo como lo ve un niño. Un niño geriátrico, como decía él".

Vocación de entretener

Sturrock pone énfasis en cómo los rasgos propios de la literatura de Dahl ya asoman en estas cartas: su vocación de entretener, su total desinhibición, su gusto por lo loco, su ojo para los detalles extravagantes, su curiosidad, su sentido de la aventura, un innato sentimiento de subversión, el deleite por lo extraño, la convicción de que muchos adultos son absurdos y sus esfuerzos para entretener a su madre y asegurarle que su hijo estaba bien. En aquellas cartas siempre le escondió los problemas a su madre, como los tormentos sufridos en el internado o la soledad que de niño sintió allí, como sí contaría más tarde en su libro *Boy*. Lo que no sabía Dahl es que su madre también le ocultaba algo.

Sofie Magdalene guardó todas aquellas cartas, desde la primera, en paquetes pulcros atados con cinta verde. Nunca le confesó que lo hacía. "En 1967", escribiría Dahl más tarde, "cuando supo que se moría, yo estaba ingresado en un hospital de Oxford con motivo de una delicada operación de columna e incapacitado para escribirle, así que ordenó que instalaran un teléfono junto a mi cama para poder hablar conmigo una última vez". No era por carta, sino por teléfono. Paradojas. Le preguntó cómo se sentía, le deseó que se recuperase pronto y le dijo que lo amaba. Al día siguiente Sofie murió. Roald se recuperó. Y al volver a casa de mamá, se encontró con aquella sorpresa: la recopilación de todas sus cartas. Las primeras letras de un gran escritor.

Hoy, después de que la editorial Puffin se viera obligada a rectificar su intención de quitar las referencias a gordos, feos, locos, negros o violencias varias que salpican sus cuentos, la obra de Dahl emerge como subversiva entre la corrección política. "Sus libros", sostiene Sturrock, "celebran la resiliencia y el triunfo sobre la adversidad. Celebran la individualidad y el inconformismo. Carecen casi por completo de la obsesión por uno mismo. En este tiempo de redes sociales, me pregunto si los médicos no deberían prescribirlos como una especie de medicina psicológica. ¡Un manual de supervivencia para niños!".

¿Y para adultos? Ahí va la última frase que Roald Dahl escribió en su último libro: "Quienes no creen en la magia nunca la encontrarán".